



Imágenes¹

BERNARDO CORREA LÓPEZ

V er jugar al fútbol a Mario Arrubla o, mejor todavía, jugarlo con él, era participar en una experiencia de muy elevada intensidad. ¡Qué entusiasmo contagioso ponía en el juego! ¡Cuánta pasión y cuánto ardor desplegaba en un partido que parecía interminable y nadie quería que terminara! Pero se engañaría quien viera en esa entrega agonística total un mero derroche de energía desbordada. Todo ese ímpetu estuvo siempre sometido a una forma que reposaba en dos principios básicos: la lealtad con el adversario y el respeto a la estética del juego. Por lo demás, en todos los terrenos su propósito siempre fue el mismo: reunir pasión y conocimiento, distinguiéndolos con claridad. Para Arrubla, el fútbol fue, simultáneamente, una invocación de las fuerzas de la vida y una melancólica evocación del paso del tiempo. El narrador de *La infancia legendaria de Ramiro Cruz* dice:

¡Ah, mi infancia! ¡Cómo me duele contemplarme anclado en esta cama a la hora en que comienza el día! A eso hemos llegado. En esto ha quedado convertido el primer entusiasmo.

Acaso el juego prometía demasiado. Él me ponía en pie no bien rayaba el alba. Y lo que yo encontraba en las mangas, en los matorrales, en las tapias, hacía me pensar que la vida no sería muy distinta. Que en el trabajo, entre el cemento de las edificaciones, habría territorios nuevos que explorar y otras brisas que mantendrían fresco el rostro.

No es mucho lo que pido. En realidad, me contentaría con muy poco: con algo que me devolviera la pasión que yo ponía en el fútbol.

O pido demasiado. O pido prácticamente lo imposible. Este despertar regresará mañana. Y otra mañana, dentro de veinte años, me pondré nuevamente a describirlo. (Arrubla, 1975, pp. 176-177)

En otro registro, su amor por el tango lo llevaba a hacer de una “noche de tangos” un ritual de la amistad. Arrubla sabía que, si bien el tango es una exaltación del fracaso, también puede entregar el tesoro de una auténtica metáfora, un vivo instante de poesía. Gozo y tristeza, congregados con la observación sociológica o la reflexión sobre los poderes del lunfardo, hacían de cada “noche de tangos” una extraña reunión donde se alternaba entre la conversación inteligente y el canto desgarrado, pues, como dice sabiamente el juglar, “para cantar no se precisa la voz, sino poner en la copla todo el corazón”.

El narrador de *La infancia legendaria de Ramiro Cruz* nos da una clave sobre lo que podría considerarse como la divisa de la vida intelectual y política de

Profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional y codirector de la extinta revista *Al Margen*.

1. Tras el fallecimiento de Mario Arrubla, el 7 de diciembre de 2020, Bernardo Correa escribió un texto que circuló entre amigos y conocidos que compartían ese luto. Acá se publica por primera vez acompañado de una entrevista epistolar entre autor y editora, que en cierta medida es reflejo de una larga conversación precedente. (Nota de la editora)

Mario Arrubla. “Lo que define –dice– a un futbolista es ante todo el sentido de la ubicación”. Esto significó para él (como para Estanislao Zuleta) saber “dónde se abre camino la verdad”, es decir, precisamente, ponerse en la búsqueda de un sentido que no es evidente, que no está al alcance de la mano, que escapa a las convenciones y los lugares comunes.

Cuando Mario Arrubla y Estanislao Zuleta irrumpieron en la escena intelectual y política del país, llegaron ligeros de equipaje: ya habían roto cualquier relación con la educación formal e institucional y, luego de una breve militancia, se habían separado del Partido Comunista. Sus relaciones con el saber y su actividad política no podían, entonces, estar respaldadas ni orientadas por manuales de cabecera producidos por alguna academia de ciencias. Para ellos de lo que se trataba era, según la expresión de Hannah Arendt (2019), de “pensar sin barandillas”. No era que no tuvieran, por supuesto, puntos de referencia (a través de Marx y Freud se situaron en el corazón mismo de debates centrales en el pensamiento contemporáneo), sino que la relación con el conocimiento no podía seguir siendo tiesa, dogmática, envuelta en una retórica edulcorada y grandilocuente, ni asumida como una carrera de prestigio. La función que encarnaron fue la de intelectuales independientes, separados de los centros de poder, lejos de cualquier postura que implicara dominación o control del pensamiento de los demás. La actitud que adoptaron fue la que resume Arrubla con estas palabras: “Con las grandes teorías debe hacerse lo que decía Wittgenstein sobre la filosofía: utilizarlas como una escalera para subir por ellas y luego tirarlas. Al encuentro de los fenómenos se debe ir con la mente limpia, purificada de ideas generales”.

Con el propósito de ridiculizarlo, del Partido de la Revolución Socialista (PRS) se dijo en su momento que no era un partido político sino un grupo de estudio. No estaba desacertada del todo esa caracterización porque, en efecto, el PRS fue un efervescente taller de motivación intelectual. En primer lugar, apertura a la gran cultura universal (los grandes nombres, obras y debates del pensamiento); junto a ello, la urgencia de estudiar y conocer la historia de Colombia, y –rasgo insólito en un partido político– el estudio apasionado de esa forma particular y privilegiada de pensamiento que es la literatura. Por su parte, Mario Arrubla



Manifestación realizada en Medellín. Entre la multitud destaca una pancarta grande con las palabras “Solución”, “Revolución” y las siglas PRS que pone en evidencia la participación de miembros del Partido de Revolución Socialista. Manifestación Plaza de Cisneros, Fondo fotográfico Carlos Rodríguez, colección *Medellín antiguo*, enero de 1963, cód. 165. Gobernación de Antioquia – Archivo Histórico de Antioquia



encontró que la economía era una de las llaves maestras para acceder a los mecanismos secretos de los procesos sociales.

Ahí están, para conocimiento de los interesados, los hitos de la trayectoria intelectual y política de Arrubla. En relación con el conocimiento del país, además de su obra pionera, *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*, está la edición de la obra colectiva *Colombia, hoy* o la revista *Cuadernos Colombianos*. Una buena parte de su trabajo como editor fue consagrada a las obras de autores colombianos. Como traductor y editor se preocupó por poner en circulación obras literarias o teóricas que, en su opinión, no podían permanecer desconocidas para los lectores colombianos.

Si, como afirma Roberto Calasso (2014), la edición debe ser considerada “un género literario”, no hay duda de que Mario Arrubla fue un maestro en ese complejo dominio. Como él la entendía, la edición reúne dos momentos decisivos. Uno de ellos tiene que ver con la producción del objeto mismo, libro o revista. Desde la selección del tema hasta el más recóndito aspecto “técnico”, todo era meditado, sopesado. Pero hay otro momento al cual fue particularmente sensible: el de la edición entendida como una intervención a favor de la democracia. Para él, todo lo que bloqueara el pensamiento (las banalidades del mundo del mercado, el dogmatismo, las jergas especializadas) era, en últimas, un cierre de la democracia. ¿Cómo asegurar la calidad sin adoptar la pose del especialista que escribe para especialistas? ¿Cómo crear lectores que abran sus pensamientos a nuevas experiencias, a nuevos mundos? Tales eran sus preguntas, que se pueden compendiar en esta inquietud capital: ¿qué es hoy un pensamiento crítico y cómo suscitarlo? “El objetivo de la actividad del intelectual es hacer progresar la libertad y el conocimiento humanos”. Estas palabras de Edward Said (2007) recogen muy bien lo que fue la presencia de Mario Arrubla entre nosotros.

Mario Arrubla disfrutaba el fútbol dentro y fuera de la cancha. Era consciente del carácter popular de este deporte, y la pasión y ansia que sentía por el juego también la llevó a otros aspectos de su vida.

Fotografía tomada en el estadio de la Universidad Nacional, donde “Los Platónicos” se reunían cada domingo, sin falta. De izquierda a derecha, Mario Arrubla es el primer jugador que destaca por la altura; jugaba en la posición de volante creativo. ca. 1961-1964.

Archivo familiar

ENTREVISTA

Sandra Jaramillo Restrepo: Cuando en los años setenta Roland Barthes dirigió la mirada al asunto del sujeto, escribió instantáneas biográficas a las que llamó “biografemas” (1972). Pienso en ello al leer tu texto sobre Mario Arrubla, que has titulado “Imágenes”. Inicias con las que permiten verle mundano, cultor de esas prácticas de lo cotidiano y popular que son el fútbol y el tango, pero sin dejar de imprimirles una marca peculiar. En cuanto “imágenes”, tu semblanza no pretende presentarnos una figura total y terminada, ¿no es verdad? Por el contrario, percibo que traes a colación, como diría Barthes, “un sujeto fulminado, en migajas, disperso”, al que evocas a través de “un detalle distanciador y revelador de una singularidad”. En tu última imagen nos acercas al Arrubla intelectual, urgido por encontrar una “ubicación” más material y concreta que aquella prometida por las ideas generales. Te propongo que practiquemos el



La aparición pública y la resonancia del nombre de Mario Arrubla, en el mundo político e intelectual, se podrían registrar entre 1962 y 1963 con la publicación del primero y el segundo número de *Estrategia*, cuando tenía cerca de 27 años. En la foto aparece con su hija Sonia.

1963

Archivo familiar

“arte de la memoria”, a través de una evocación de este amigo en común. ¿Quién fue Mario Arrubla? ¿Podrías responder a esta pregunta –inabarcable si se toma en un sentido literal– en pocas palabras, de manera que, desde tu visión, el lector que por primera vez se acerca al nombre de Mario Arrubla sepa de quién se le está hablando?

Bernardo Correa: Mario Arrubla fue un brillante intelectual colombiano que hizo su aparición pública entre los años 1962 y 1963. El contexto es muy claro: una revista política de izquierda, *Estrategia*, órgano de expresión de un nuevo partido político, el Partido de la Revolución Socialista (PRS). En esa revista, de la cual aparecieron solo tres números, Arrubla publicó tres ensayos de economía política, que luego fueron recogidos en un libro, en 1969, bajo el título de *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*. La calidad de esos textos, sumada al éxito editorial que tuvo el libro, dio a conocer su nombre en el medio intelectual y político colombiano. Pero Arrubla no se consagró exclusivamente al estudio de temas históricos y económicos. Sus intereses y su talento lo llevaron a explorar diversos campos de la escritura: escribió una novela (*La infancia legendaria de Ramiro Cruz*), fue traductor, crítico literario y editor. No me sorprendería que entre sus textos inéditos se descubriera que también escribió poesía, pues Arrubla –con su notable capacidad para desarrollar finos análisis teóricos– ante todo era, pienso, un escritor.

SJR: Cómo fue el encuentro de ustedes, el inicio de un contacto que se mantuvo hasta el fallecimiento de Arrubla...

BC: En el primer año de estudios universitarios conocí a Humberto Molina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Colombia (en ese entonces era una facultad; ahora, desde hace unos buenos años, es un departamento). El grupo del que Humberto y yo hacíamos parte era numeroso y heterogéneo. Seguíamos un plan de estudios convencional: griego, latín y español; teníamos clases de historia universal, de lógica e historia de la filosofía, empezando por los presocráticos. También había cursos de estética, de historia de Colombia y literatura (había un plan de estudios básico, común a todos los estudiantes, y luego se optaba por una especialización, en filosofía, letras o historia). Vivíamos en una campana de cristal, nada perturbaba nuestra beatífica relación con la cultura. En ese medio pulcro, aséptico, no entraba ningún ruido de la agitada vida social y política que nos rodeaba. El caso es que, por alguna extraña afinidad electiva, Humberto Molina y yo nos encontramos y hablamos de política, y coincidimos en nuestro deseo de entrar en contacto con algún grupo que adelantara actividades políticas de izquierda. No recuerdo en este momento qué me contó Humberto de su trayectoria personal en relación con este vago deseo de hacer política con una orientación precisa. De mi parte sé, con total nitidez, que la lectura de un breve texto de Jean Hyppolite sobre Hegel y Marx, que publicó la revista *Tierra Firme*, no solo reafirmó mi decisión de estudiar filosofía, sino que me puso en contacto con una relación, inédita para mí, entre la filosofía y la vida, entre el pensamiento y la posibilidad de cambiar el mundo. Un poco antes de salir a vacaciones de mitad de año, Humberto me dijo que se había enterado de la existencia, todavía en proceso de formación, de un grupo político de izquierda que era animado por dos intelectuales, Estanislao Zuleta y Mario Arrubla, de los que no teníamos la menor noticia. Humberto no se limitó a contarme el rumor sino que me dio el ejemplar de la publicación que habían editado Zuleta y Arrubla y, sobre todo, me dio el teléfono de este último, con el compromiso de que entrara en contacto con él².

2. Se refiere a *Estrategia*, cuyo primer ejemplar vio la luz en forma de periódico en julio de 1962, mientras que los números 2 y 3 pasaron al formato de revista y fueron publicados en noviembre de 1963 y enero de 1964, respectivamente. (Nota de la editora)



La librería-editorial La Gran Colombia fue inaugurada como centro cultural el 8 de junio de 1942 por Carlos H. Pareja (conocido como “Simón Latino”). Luego se vincularían al proyecto Jorge Andonoff (segundo dueño) y Jorge Mora (tercer y último dueño).

Tomada de Simón Latino y la librería La Gran Colombia, patrimonio cultural de Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá D. C., Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2004.

Colección Biblioteca Luis Ángel Arango

DERECHA

Además de su nombre oficial, La Gran Colombia se conoció popularmente como “la librería de Mora y Andonoff”, o simplemente como “la librería de la 18”. Ubicada en la calle 18 con carrera sexta, fue un espacio de encuentro muy importante para escritores, políticos e intelectuales. Se destacaba por su ambiente y organización de tertulia que la diferenciaron de otras cercanas como la Librería Mundial o Tercer Mundo (de Belisario Betancur), con iniciativas similares pero sin mucho éxito.

Interior de la librería La Gran Colombia, 1974. Detrás, de izquierda a derecha: José Luis Díaz-Granados, Rosa Lilia Gutiérrez, Sonia Andonoff Gutiérrez, Jaime Pava e Hipólito Hincapié. Sentados: Jorge Mora, Alfonso Palacio Rudas, “el Cofrade” (centro), Jorge Andonoff, Jordan Andonoff Gutiérrez (niño), Pepe Romero y Iader Giraldo.

Tomada de Simón Latino y la librería La Gran Colombia, patrimonio cultural de Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá D. C., Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2004.

Colección Biblioteca Luis Ángel Arango

A mediados de 1962, llamé a Mario Arrubla y acordamos una cita para el sábado siguiente en el café Los Cardenales, situado en la calle 18, unos metros abajo de la carrera séptima, en pleno centro de Bogotá. Para podernos identificar, yo llevaría a la mano un ejemplar de la revista cultural *Mito*. En este punto quisiera hacer un breve paréntesis. Si he mencionado con precisión el lugar de mi primer encuentro con Mario Arrubla es porque esa zona de la ciudad está íntimamente ligada al proyecto político y cultural que fue el PRS, el cual vinculó tantas vidas, tantos sueños, tantas historias personales. Arriba de la carrera séptima –siempre en la calle 18– funcionaba la librería La Gran Colombia, sitio de encuentro de artistas, intelectuales y políticos, así como de ociosas criaturas arrastradas por la vida de la ciudad. Al frente de La Gran Colombia se encontraban el famoso café El Automático, que en su época dorada albergó a los más reconocidos poetas del momento, y la pequeña y selecta librería La Casa del Libro. En la calle 19, media cuadra arriba de la carrera séptima, abrió sus puertas al público la librería del partido, La Tertulia, que mientras permaneció abierta hizo honor a su nombre. En esa pequeña zona del centro de la ciudad se vivió entonces bajo el signo de una intensa circulación de la palabra y en una continua excitación de la inteligencia.

Volvamos a mi primer encuentro con Mario Arrubla. A la hora convenida, hizo su ágil y juvenil aparición. Era un hombre alto, con aire de deportista, que no alcanzaba a ocultar completamente su condición de intelectual bajo sus movimientos desenvueltos. Venía acompañado de alguien que, en el transcurso de la tarde, aprendí a conocer como si hubiéramos sido compañeros de colegio. Era el médico anesthesiólogo Jaime Marín, a quien afectuosamente sus amigos apodaban “Tabaco”. Un poco más tarde llegó a nuestra mesa un hombre de aspecto mayor, de nombre Mario Vélez. Tabaco y Mario Vélez eran unos extraordinarios conversadores que difundían a su alrededor el más delicioso y chispeante humor antioqueño. Hacia el final de la tarde, se unió a nosotros Estanislao Zuleta. Tenía un atuendo de escolar: el amplio cuello de la camisa blanca extendido sobre el saco le daba el aspecto de un estudiante menor de edad que, equivocadamente, hubiera entrado a un café reservado para adultos. Con la llegada de Zuleta, se reinició la conversación que había tenido toda la tarde con Mario Arrubla y sus amigos. Hablábamos de cómo se formaba un estudiante de filosofía en una universidad pública, de los autores (no exclusivamente filósofos) que me interesaban, de las lecturas que estaba haciendo, de los intereses culturales y políticos que revelaban tener los estudiantes, etc. Esa tarde descubrí que Mario Arrubla y Estanislao Zuleta eran unas personas excepcionalmente cultas e inteligentes, en estado de alerta y poseedoras de una contagiosa vitalidad. Así se inició una inolvidable experiencia que marcó mi vida intelectual y personal.

SJR: ¿Cómo era esa Bogotá de inicios de los años sesenta en términos de dinámicas culturales, intelectuales, políticas? El Frente Nacional, al que terminamos por acostumbrarnos, apenas se configuraba, y las universidades, que hoy nos parecen accesibles, apenas se abrían a una cierta masificación o democratización. ¿Cómo era ese clima que hoy nombramos con palabras manidas como “politización”, “radicalización”, “debate”, entre otras?

BC: El país de ese entonces, empezando por su capital, era marcadamente conservador y provinciano. Un expresidente llamó a Colombia “el Tíbet de Sudamérica”. Así, por ejemplo, el Concordato que el Estado colombiano y la Santa Sede habían firmado en 1887 estaba en plena vigencia. Como se sabe, ese acuerdo otorgaba un enorme poder a la Iglesia para ejercer su influencia en la educación a todos los niveles. Eso es cierto, pero también lo es que en esa época surgieron revistas

como *Mito*, *Eco* o *Tierra Firme*, que significaron una apertura al mundo, a distintas formas de pensamiento y, en particular, a nuevas perspectivas críticas; se estrenaron obras de teatro como el *Galileo Galilei* de Bertolt Brecht (que fue un acontecimiento en la Universidad Nacional y en el medio cultural bogotano) y surgieron a la vida política personajes como el sacerdote Camilo Torres, que murió siendo miembro del Ejército de Liberación Nacional (ELN), grupo guerrillero conformado hacía poco tiempo. Los efectos políticos de la Revolución cubana empezaban a sentirse en toda América Latina y, aun cuando fue un estallido, ya era posible otear en el horizonte el Mayo del 68. También fue el momento en el que aparecieron The Beatles, que en los siguientes diez años invadieron el mundo. Así que esa fue una época de fermentación. Estábamos gozosamente vivos.

SJR: ¿Cómo se conformó el PRS? ¿Por qué un estudiante de filosofía se interesó por el grupo de *Estrategia*, en el que, a juzgar por los intereses de Arrubla en ese momento, las ciencias humanas –en particular la economía– ocupaban el lugar predominante en el análisis político e histórico?

BC: A los pocos días de mi encuentro con Arrubla asistí a la que se puede considerar mi primera reunión política, de militante. Se hizo en el apartamento de Zuleta, quien no se encontraba en Bogotá. Fue una reunión pequeña, pero vi caras nuevas. Pasado un mes conocí, en variados contextos, a un buen número de militantes, y en un tiempo muy breve ya el partido era un hecho. ¿De dónde salieron esos militantes? Básicamente de la Universidad Nacional y de la Universidad Libre, es decir que la inmensa mayoría éramos estudiantes universitarios. Para mi grata sorpresa, descubrí que varios estudiantes de filosofía de la Universidad Nacional se habían vinculado al proyecto, también los conocidos historiadores Jorge Orlando Melo y Margarita González; así como la gente de Medellín, de Cartago, de la costa. Por lo que respecta a los universitarios de Bogotá, los de la Universidad Nacional, en su mayoría, estudiábamos filosofía o historia; los de la Universidad Libre eran casi todos estudiantes de ciencias sociales. Pero, claro, también hubo médicos, abogados, sociólogos y economistas. En la célula a la que me vinculé estaba, entre otras personas, un brillante médico, Hermías Ruiz, que más tarde ingresó a la guerrilla, al ELN, donde encontró la muerte. Otro compañero inolvidable de militancia en el PRS fue el médico





Evelio Loaiza, que también ingresó al ELN. Pero no hay que olvidar –como lo menciono en la primera parte de este texto– que el PRS de hecho funcionó como una dinámica escuela de formación cultural y política. Así que no era tan importante si se estudiaba filosofía o economía.

SJR: ¿Podrías contarnos algo de la relación de Arrubla con la filosofía?

BC: Antes de responder tu pregunta, me parece que vale la pena resaltar una diferencia de estilo –llamémosla así– entre Estanislao Zuleta y Mario Arrubla. Mientras que a Zuleta le encantaban las conversaciones sobre temas intelectuales (el problema que planteaba tal o cual autor a propósito de tal asunto; el libro que estaba leyendo, el poema que había leído la noche anterior; la interpretación que proponía un crítico de un texto clásico, la *Odisea*, por ejemplo, o *En busca del tiempo perdido*), Arrubla, hasta donde le era posible hacerlo, eludía comprometerse en complejas conversaciones intelectuales. Prefería la conversación mundana, ligera, salpicada de ironía y buen humor, atravesada por una deliciosa picardía que podía bordear –sin traspasar nunca los límites del respeto por los semejantes– una juguetona malignidad. Pero si no lograba escapar del compromiso, Arrubla se sumergía en la conversación o en la discusión, desplegando una aguda inteligencia y una incisiva dialéctica. Establecido ese contexto se entiende mejor, creo, la anécdota de la que sin proponérmelo fui testigo. Un sábado por la tarde, cuando el centro de la ciudad estaba casi vacío, resolví visitar la Librería Francesa (no está de más decirlo: en esa época quedaba en la calle 18, a unos metros de la carrera séptima, es decir, exactamente al frente del café Los Cardenales). Para mi sorpresa, comprobé que los únicos visitantes de la librería éramos Mario Arrubla y yo. Mi visita no tenía ningún propósito definido, salvo el de curiosear si había llegado alguna novedad digna de atención. Arrubla, en cambio, había ido a recoger un pedido especial de libros llegado de Francia. Ese pedido no era otro que la edición francesa de las obras completas de Kant. No pudo ocultar que se encontraba en una situación embarazosa, como si hubiera sido sorprendido in fraganti cometiendo una falta que lo apenaba. Más que la prueba de una relación secreta o privada con la filosofía, esta anécdota muestra, me parece, que desde cuando eran estudiantes de bachillerato, cuando decidieron abandonar sus estudios para consagrarse a su formación personal, Arrubla y Zuleta dirigieron siempre su atención a los autores más reputados, a las mejores obras, a los productos más exigentes del pensamiento y del espíritu. La relación que ambos tuvieron con la filosofía no fue ocasional, sino que, por el contrario, fue permanente y muy apasionada.

SJR: Me parece que en este diálogo merece un lugar especial Jean-Paul Sartre. ¿Qué representó para ustedes la figura de Sartre, dado que le consagraron un número especial de *Al Margen*, de cerca de quinientas páginas?

BC: Sartre fue, para más de una generación de estudiantes latinoamericanos, no un intelectual entre otros sino la figura misma del intelectual. Pero, claro, no solamente jugó ese papel en Latinoamérica; en Francia y en Europa también tuvo ese reconocimiento. Para empezar, en él esta presente la conjunción de una prosa extraordinaria y una inteligencia excepcional, pero sobre todo una postura ética y política, una independencia valiente frente a los poderes y a todas las formas de dominación. Sus errores –que también los tuvo– no obedecieron al cálculo o a la búsqueda de prestigio y beneficios personales. Era una voz que quería hablar por todos, en especial por los silenciados o marginados. Yo había empezado a leer a Sartre desde los primeros años del bachillerato, de modo que cuando conocí a Arrubla y a Zuleta ya teníamos, sin saberlo, una lengua en común. Cuando

IZQUIERDA

De izquierda a derecha: Jorge Mora (propietario y librero de La Gran Colombia), Mario Arrubla y Delimiro Moreno (cocreador, con Arrubla, Ramiro Montoya y Virgilio Vargas, del periódico *Crisis*).

Fotografía de Jorge Mora, agosto 1982. Archivo Universidad Nacional de Colombia

en *Les Temps Modernes*, la revista que fundó Sartre, apareció la primera parte de su autobiografía, “Lire”, Arrubla hizo entusiasmado una notable traducción que, en mi opinión, sigue siendo la mejor que se ha hecho al español. Esta traducción fue publicada en la revista *Estrategia* en noviembre de 1963, y ese mismo año Jorge Orlando Melo tradujo la parte introductoria de la *Crítica de la razón dialéctica*, que tiene por título “Problemas de método”. Como se ve, la figura de Sartre desempeñó, hasta cierto punto, un papel tutelar en el PRS. Fue un punto de referencia, con diferencias (importante, por ejemplo, la de no compartir su crítica al psicoanálisis). Muchos años después de que el PRS desapareciera y de la muerte de Zuleta, le dedicamos a Sartre, como recuerdas, un voluminoso ejemplar de la revista *Al Margen* (2005), en el centenario de su nacimiento. Así que, por mucho que hayamos cambiado, algunos hemos mantenido un diálogo con él.

SJR: ¿Cómo fueron las relaciones de ustedes con otras publicaciones de la época, como las revistas *Mito* y *Tierra Firme*?

BC: Hubo un silencio respetuoso entre nosotros. Ni Zuleta ni Arrubla –que conocieron a los editores de esas revistas– participaron en ellas; ni tampoco, como ocurrió en algunas publicaciones políticas de izquierda, los acusamos de ser la expresión de la cultura burguesa en decadencia. Al contrario, vimos que con esas publicaciones se abrieron las ventanas para que entrara aire fresco. Por lo demás, como suele ocurrir con las revistas culturales, ambas tuvieron una corta vida (*Tierra Firme* apenas publicó dos números). Por lo que a mí respecta, estuve suscrito a *Mito*.

SJR: Hay un elemento de tu memoria sobre Arrubla que me parece imprescindible tratar: me refiero a su trabajo como editor. ¿Podrías hablarnos más en detalle sobre ese aspecto de la actividad intelectual del autor de los *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*?

BC: Arrubla le dio una enorme importancia al trabajo de edición. Para empezar conviene decir que dadas las limitaciones económicas y –no pocas veces– *técnicas del medio*, no se trató de ediciones lujosas; de esas que, por su presentación, se califican como obras de arte. Su importancia como editor reside en la escogencia de los temas y los autores, siempre guiada por criterios culturales y políticos. Esto último entendido no en el estrecho sentido propagandístico o partidista que casi siempre se da al término entre nosotros, sino en un sentido más amplio y más fuerte: el de la lectura como un proceso de formación de ciudadanos autónomos. Para él, era vital el conocimiento de la historia social, política, económica y cultural del país. Gracias a su trabajo, se dieron a conocer temas ignorados y surgieron nuevos nombres de jóvenes investigadores interesados en la realidad colombiana. Eso hizo cuando trabajó en condición de empleado de alguna editorial y, con mucha mayor razón, cuando tomó decisiones independientes. Uno de los trabajos más importantes y originales que orientó fue la publicación de la revista *Cuadernos Colombianos*.

Puede decirse, sin exagerar, que Arrubla siempre tuvo en mente algún proyecto editorial. Su última actividad en ese campo fue la publicación que hicimos de la revista *Al Margen*.

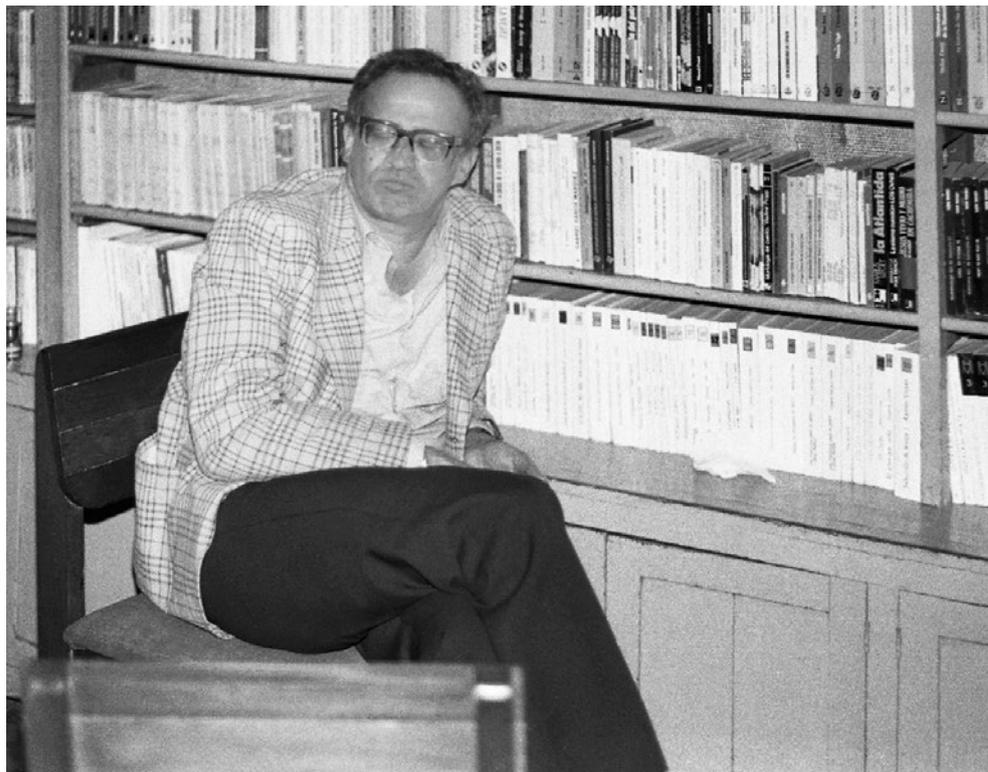
SJR: A propósito de *Al Margen*, ¿podrías contarnos cómo surgió, cómo funcionaba, por qué dejó de publicarse? Qué balance se podría hacer hoy de ella, ahora que, desde hace varios años, dejó de existir...

BC: Todo empezó en el año 2002, cuando Guillermo Mina y yo le escribimos a Arrubla para proponerle que publicáramos un libro sobre Estanislao Zuleta. Pensábamos en realizar una evaluación pendiente: la del conjunto de la obra de Zuleta. Arrubla nos respondió haciéndonos una contrapropuesta: “¿Por qué no publicamos una revista en la que vayan apareciendo estudios sobre Zuleta que después podamos recoger en un libro?”. Así nació *Al Margen*. Se publicó hasta el año 2009, es decir que fueron siete años de una excitante actividad. La revista funcionó, desde el principio hasta el final, de esta forma: yo reunía la mayor parte o la totalidad de los materiales aquí en Bogotá y se los enviaba a Arrubla, que vivía en los Estados Unidos. Él adelantaba un minucioso trabajo de lectura de los textos y hacía las correcciones que, en su opinión, necesitaban. Luego Inés, la hija mayor de Arrubla, hacía una revisión total del número en gestación, artículo por artículo, de tal manera que antes de salir de los Estados Unidos la revista pasaba por un segundo proceso de evaluación. El “montaje” técnico estaba a cargo de Sonia, la segunda de las hijas de Arrubla, y en el trabajo de corrección de estilo la revista contó siempre con la valiosa cooperación del escritor Ramiro Montoya, que vive en Madrid. Al tiempo que esto ocurría, Titus Neyens, yerno de Arrubla, leía algunos de los artículos para poder realizar sus extraordinarios dibujos, que terminaron siendo el sello distintivo de la revista.

Al frente de la librería La Gran Colombia se encontraba el café El Automático, uno de los más emblemáticos de Bogotá, asociado con frecuencia a figuras como León de Greiff. Su dueño, Fernando Jaramillo Botero (“Fernando Automático”) ofrecía a su clientela un ambiente de bohemia, además de exposiciones de pintura y espacios de debate político que respondían a la situación de la época. Archivo fotográfico Sady González. Colección Biblioteca Luis Ángel Arango



Mario Arrubla en la librería La Gran Colombia, disfrutando del ambiente de debate y tertulia. Su asistencia, así como la de muchos intelectuales con afinidad política, hicieron de esta librería un espacio reconocido por la discusión y las convicciones de izquierda. Fotografía de Jorge Mora, agosto 1982. Archivo Universidad Nacional de Colombia



Una vez concluido este proceso, la revista se enviaba a Medellín para su impresión, y regresaba a Bogotá, donde la editorial Siglo del Hombre se hacía cargo de la distribución. Era un proceso largo y extenuante, pero una vez cumplido nos invadía una gratificante alegría.

Para resaltar la importancia del trabajo del editor, Arrubla recordaba con evidente placer la anécdota del editor de Gallimard que, de un buen tajo, le suprimió un número importante de páginas a *La náusea*, la novela de Sartre. Para él, el editor no era un negociador o un cómplice sino alguien que, por su inteligencia, cultura y sensibilidad, podía tomar decisiones drásticas sobre una publicación. No era un dictadorzuelo arbitrario sino un soberano con un criterio casi infalible. Durante el tiempo de publicación de *Al Margen* no faltaron situaciones en las que algún colaborador expresaba su molestia porque su artículo había sufrido alguna modificación. Cuando eso ocurrió, Arrubla siempre dio muestras de su tacto, su respeto por el autor, pero también de que su decisión había sido justa porque estaba bien fundada. Si un autor se mostraba enojado y agresivo, se ocupaba a fondo y le daba en detalle todas las explicaciones, hasta el punto de demostrarle que, en lugar de perjudicarlo, le había hecho un favor, a él y al texto. Según Arrubla, el editor debía estar de parte del lector y de parte del texto, es decir, debía preocuparse por el sentido, por la recepción del artículo o el ensayo. No se trataba de diluir el texto, de hacerlo fácilmente asequible, sino de evitar confundir el tono pedantesco o profesoral, la jerga artificiosamente complicada, con la profundidad. Sin que lo hubiera declarado parecía seguir, en su tarea de editor, el principio de Golo Mann: “Quien no diga bien lo que dice, nada bueno tiene que decir”. Varias veces Arrubla manifestó un cierto desencanto con *Al Margen*: la revista tenía por momentos, decía, un aspecto muy institucional, muy académico. Eso era cierto pero, como siempre intenté explicarle, era una situación prácticamente inevitable: los colaboradores que yo invitaba a participar se movían todos, los nacionales y los extranjeros, en el medio universitario. De todas maneras, quedan los testimonios de números inolvidables, con presencia

y espíritu cosmopolitas. A raíz de la muerte de Guillermo Mina, Mario me escribió un bello correo en el que describe la emoción que le despertó contemplar en su biblioteca la fila viviente de los números publicados de *Al Margen*. Yo suscribo ese sentimiento. ■

REFERENCIAS

- Arendt, H. (2019). *Pensar sin asideros*. Página Indómita.
- Arrubla, M. (1975). *La infancia legendaria de Ramiro Cruz*. La Carreta Literaria.
- Barthes, R. (1972). *Crítica y verdad*. Siglo XXI.
- Calasso, R. (2014). *La marca del editor*. Anagrama.
- Said, E. W. (2007). *Representaciones del intelectual*. Debate.